

NOTAS

LA DECIMA CONFERENCIA CUMBRE DE ESTADOS ARABES DE TUNEZ

Por FERNANDO FRADE

Esta conferencia, celebrada entre los días 1 y 3 del mes de Moharrám de 1400 H. (20-23 de noviembre de 1979), primero de año y siglo musulmanes, solemniza un hecho capital en la historia de los países árabes, desde que en 1945 se creara la Liga de los Estados Árabes: el cambio de su sede en El Cairo, considerada como la capital política de la Nación Árabe (*al umma al aarabiia*), en especial durante la época de Gamal Abden Naser, como capital del país más poderoso de esta nación, a Túnez.

Ha sido continuación de la que año anterior se celebró en Bagdad, como rechazo a la que consideran capitulación del «traidor Sadat» ante el enemigo sionista, y en su discurso inaugural el presidente iraquí, Sadam Husain, principal promotor de aquella conferencia cumbre, propuso que estas cumbres se celebren anualmente, para incrementar la unión árabe y lograr una estrecha coordinación entre todas las regiones (*qutr*) de la Nación Árabe. A ella asistieron todos los países que componen la Liga, excepto Egipto, al que se suspendió como miembro, es decir veintidós, rechazándose también la asistencia de representantes de Irán, que aunque no árabe quiso asistir como observador. De estos veintidós países, catorce fueron representados por sus jefes de Estado: emir Aisa Ibn Salmán al Jalifa (Bahrein), emir Zaied Ibn Sultán (Emiratos Arabes Unidos), presidente Sadam Husain (Iraq), rey Husain (Jordania), emir Yaber Ahmed Sabah (Kuwait), presidente Elias Sarkis (Líbano), emir Jalifa Ibn Hamad at Tani (Qatar), presidente Siad Barre (Somalia), presidente Yaafar an Numairi (Sudán), presidente Hafed al Asad (Siria), presi-

dente Habib Burguiba (Túnez), presidente Ali Abdel Salah (Yemen del Norte), presidente Abdel Fatah Ismail (Yemen del Sur), presidente Hasan Guled (Yibuti), presidente del Comité Ejecutivo de la OLP Iaser Arafat.

Las delegaciones de los restantes países fueron presididas por: ministro de Asuntos Exteriores Mohammed Ben Iahia (Argelia), príncipe Fahd, príncipe heredero y vicepresidente del Consejo de Ministros (Arabia Saudita), ministro de Asuntos Exteriores Ali Triki (Libia), primer ministro Maati Buabid (Marruecos), ministro de Asuntos Exteriores Ahmed Uld Abdal-lah (Mauritania), viceprimer ministro Fahd Ibn Mahmud (Omán). Hay que señalar que a la Conferencia cumbre de Bagdad asistieron cuatro jefes de Estado menos: los de Somalia, Sudán, Túnez y Yibuti, siendo especialmente significativo que a esta cumbre asistiera el presidente Numairi, que hasta ese momento había favorecido la política de Sadat, junto al sultán Qabus de Omán, que consecuentemente no asistió, delegando su presencia en un funcionario de poca categoría. La no asistencia del rey de Marruecos y de los presidentes de Argelia y Mauritania se debió a que, estando presentes, no se iba a poder soslayar el conflicto del Sáhara Occidental y desde luego no se iba a llegar a un acuerdo, idea que el presidente Burguiba había acariciado. El rey Jaled, de Arabia Saudita, delicado de salud, siempre suele delegar para estas cuestiones en el príncipe heredero, y respecto al coronel Qaddafi, presidente de Libia, no se sabe concretamente por qué. Se dijo que por rehusar los demás jefes de Estado árabes a solidarizarse con Irán, acusando a los Estados Unidos como él había propuesto.

Para preparar la conferencia se reunieron, entre los días 15 y 17 de ese mismo mes de noviembre, los ministros de Asuntos Exteriores, y en esas reuniones ya se vio que el tema que iba a ocupar la atención principal sería el del Líbano, en tal difícil situación interna y con tan pocas esperanzas de resolución satisfactoria. Nada más llegar a Túnez, el día 19, el presidente Elías Sarkis manifestó a los periodistas que su país había dado a la causa palestina todo lo que podía y que en la reunión citada de ministros de Asuntos Exteriores, su Gobierno había propuesto que se impidiera a los comandos palestinos permanecer en el sur del Líbano, donde la autoridad de su Gobierno virtualmente no existía. Esta proposición había sido rechazada.

En esta atmósfera de tensión con sordina entre el Líbano y la OLP se abrió la sesión inaugural, con un discurso del presidente iraquí, Saddam Husain, en su calidad de jefe de Estado del país anfitrión de

CONFERENCIA CUMBRE DE ESTADOS ÁRABES DE TÚNEZ

la anterior conferencia cumbre. Aunque no afecte al fondo de esta exposición quiero señalar el hecho, psicológicamente revelador, de que el presidente iraquí comenzó y terminó su discurso invocando la ayuda de Dios Todopoderoso y en la apertura manifestó que actuaba «motivado por nuestros genuinos principios árabes y los valores de nuestro inmortal mensaje divino», fórmulas que se parecen más a las empleadas en el régimen teocrático de Arabia Saudita que a las que suelen usarse en los regímenes socialistas laicos, aunque en el socialismo islámico exista la componente religiosa¹. En su discurso se apreciaron dos ideas claves: una, que ya había expuesto en declaraciones anteriores, tendente a convencer a sus oyentes de que el inmenso potencial económico que los 120 millones de componentes de la Nación Árabe tenían a su disposición debía ser puesto al servicio de las causas árabes y para ello debía celebrarse una conferencia cumbre económica. La otra era la relativa a la cuestión del Líbano, para cuya solución la conferencia debía mostrarse capaz de encontrar medios eficaces para reforzar la independencia de ese país, se asegurara su unidad y se salvaguardara su suelo, fomentando las relaciones fraternales y militantes entre los libaneses y los miembros de la resistencia palestina.

En el discurso resaltó con complacencia los logros conseguidos tras la Conferencia cumbre de Bagdad y el respeto con que la opinión mundial acogió sus resoluciones, apoyadas por organizaciones internacionales tales como la Conferencia Islámica, en sus reuniones celebradas en Fez, las celebradas en Monrovia por la Organización para la Unidad Africana, la Conferencia cumbre de países no alineados celebrada en La Habana y otras que han permitido, según expresó, hacer fracasar la línea seguida por el régimen egipcio tras los acuerdos de Camp David. En su conjunto fue un llamamiento al fortalecimiento de la capacidad árabe mediante la unión y la coordinación en todos los campos, especialmente el militar y el económico, destacando, como hemos dicho, la clara alusión al uso de la riqueza petrolífera: «Los árabes tienen un grande y rico potencial que debe invertirse en bien de nuestra causa nacional. Tenemos un importante peso político y debemos usar este peso en todas las actividades que emprendamos, individual o colectivamente, de acuerdo con el contexto general de la estrategia nacional. Nosotros, hermanos, tenemos un arma

¹ Véase F. FRADE: «La vía socialista del Islam», *Revista de Política Internacional*, núm. 84, marzo-abril de 1966.

efectiva en la arena internacional: nuestros enormes potenciales económicos primariamente, la riqueza petrolífera.»

«Tenemos responsabilidades con respecto al mundo, pero creemos que el desarrollo de una política nacional sana en relación con los que están infligiendo daño a nuestra causa nacional, utilizando para ello nuestra capacidad política y económica, no entra en conflicto con esa responsabilidad ni disminuye su esencia»².

Esto está claro que iba dirigido contra los que apoyan a los sionistas.

Tras este discurso el presidente Burguiba, que preside esta conferencia en su calidad de jefe de Estado del país anfitrión, pronunció otro que respondió a sus cualidades de moderación, reserva y prudencia, y diría yo de no compromiso, con una sentida alusión al retorno de Egipto a la familia árabe, centrando el mismo, principalmente, en la estrategia global que conviene adoptar en la lucha con Israel y con el sionismo, lo que exige una acción árabe concertada, solidaria y global, basada en una estrategia a corto y a largo plazo.

Quiso convencer a sus hermanos reunidos que la lucha contra Israel no es una lucha por cualquier territorio ocupado, sino una lucha de principios, y que el conflicto que opone a árabes e israelíes es un conflicto de civilización. Por ser un combate de muy larga duración, exige una estrategia clara que no ha de impedir la consecución de objetivos inmediatos. En primer lugar, coordinar las posiciones políticas de todos los Estados y asegurar la conjugación de sus esfuerzos para precisar los fines perseguidos y garantizar la eficacia de su acción. Para esto considera que el factor más importante es la lucha del pueblo palestino en el interior, el cual ha asumido un papel fundamental en la batalla por su abnegación y espíritu de sacrificio, por la autoridad de su mando y por el apoyo vigoroso en todos los dominios del mundo árabe. Sin la acción directa, emprendida por el pueblo palestino en el frente interior contra las fuerzas sionistas, nada es posible. Con ella debe ir pareja una lucha árabe en todos los dominios, una lucha en la que se pongan a contribución todos los medios de que disponen, evitando contradicciones y divergencias, que refuerzan la acción enemiga. Esta lucha no se opone a las aspiraciones del pueblo libanés, deseoso de ver aliviada la prueba a que está sometido, debida esencialmente a los puntos de vista hegemónicos de Israel, y esta empresa es posible en un contexto de fraternidad y solidaridad con el pueblo palestino y con el apoyo de Siria, a condición

² *Iraq Today* núm. 102, vol. IV, 1-15 diciembre 1979, p. 15.

de que los libaneses asuman todas las responsabilidades referentes al mantenimiento del orden en el interior del país y restauren la concordia entre las diferentes partes de su población. Habló de muchos aspectos, siempre resaltando la necesidad de cooperación, de conquistar el progreso por el dominio de la ciencia y la tecnología, para que los países árabes conquisten el lugar que les corresponde en el mundo, ya que tienen medios humanos y materiales para ello. Sólo tienen que organizarse, en función de los imperativos de la lucha, haciendo prueba de realismo y solidaridad. Son las reflexiones propias de un viejo combatiente que aspira a lo mejor para el pueblo árabe y que ha procurado en todo momento no herir susceptibilidades. En todo su discurso no apareció más alusión a Egipto que la dicha, sin hablar de capitulaciones ni traiciones, aunque justificó su rechazo a la paz de Camp David a pesar de ser él el promotor de una solución por etapas, desde 1964, para la crisis de Oriente Medio, etapas que han de aplicarse a las modalidades y no a los principios.

Tras estos discursos, los debates prosiguieron a puerta cerrada, en un ambiente de cautela, sin querer ir más lejos de lo que se decidió en la Conferencia cumbre de Bagdad³, aunque Siria y la OLP insistieron en condenar la política norteamericana en Oriente Medio y utilizar todos los medios a su disposición contra ellos, clara alusión al arma del petróleo, que Arabia Saudita se opuso a que se pusiera en el comunicado. Por cierto que los especialistas occidentales que asistieron a la conferencia han puesto de manifiesto una coordinación entre Arabia Saudita e Iraq en este aspecto, y, por ejemplo, el comentarista de *Le Monde*, que asistió a las reuniones, citó como prueba de esta aseveración una frase de Sadam Husain en la que decía que «es necesario incluir a Washington en la gira proyectada por un comité de ministros de Asuntos Exteriores para exponer la política árabe a Occidente»⁴. Hay que tener en cuenta en este giro de la política iraquí que, desde que estalló la revolución iraní, Iraq ha mostrado una gran preocupación, a causa de su minoría racial kurda y sobre todo de su comunidad chii, que comprende más de la mitad de su población, y que Arabia Saudita vivía, en esos precisos momentos, los sucesos dramáticos de la ocupación de la mezquita de La Meca por un numeroso grupo hostil a la Casa de Saud que constituyó una auténtica sacudida para este país y que conmovió a todo el mundo islámico.

³ Véanse resoluciones de esta cumbre en esta REVISTA, en su Sección de Documentación Internacional, núm. 160, noviembre-diciembre, p. 331.

⁴ LUCIEN GEORGE: «Au sommet arabe de Tunis», *Le Monde*, 22 noviembre 1979, p. 6.

El presidente Numairi aún fue más lejos, pues pidió una concertación directa árabe-americana, y, por último, el rey Husain de Jordania propuso que se pidiera a los países occidentales la convocatoria de una conferencia de paz sobre Oriente Medio bajo la égida de la ONU, cosa que el presidente Hafed al Asad consideró prematuro, sugiriendo que se llevaran a cabo conversaciones bilaterales entre las partes interesadas, es decir, Siria, Jordania, Líbano y la OLP.

El citado comentarista manifestó en su artículo citado que la coordinación iraquí-saudí a que hemos hecho referencia se manifestó también en el dominio petrolero. El presidente Sadam Husain preconizó una reunión de ministros de Asuntos Exteriores y de Petróleo árabes, destinada a definir una estrategia común, lo que suponía la inclusión de los países árabes no productores de petróleo en la elaboración de la política petrolera, pero a esto se opuso la delegación saudita presentando una propuesta en la que se pedía convocar una conferencia de ministros de Economía que trataría de la ayuda de los países árabes ricos a los pobres, con lo que se impedía a éstos intervenir en la citada política, retirando entonces el presidente iraquí la suya.

Las conversaciones que se desarrollaron en torno a lo que constituyó el principal motivo de la conferencia no trajeron, como era fácil de prever, la retirada de las fuerzas armadas de la OLP del sur del Líbano, como es el deseo del Gobierno libanés y muy especialmente de la comunidad cristiana del país. Ninguno de los demás países desea o se atreve a oponerse abiertamente a las exigencias palestinas y la OLP decididamente impuso la continuación del *statu quo*. Para tratar de conseguir un acuerdo entre los dos opositores se creó un comité restringido compuesto por representantes de ambos y de Siria, Arabia Saudita, Kuwait e Iraq, los cuales, tras algunos violentos enfrentamientos entre el presidente Sarkis y Iaser Arafat, a lo más que pudieron llegar fue a redactar un documento de trabajo, con destino a la reunión preparatoria, en el que se recomendaba congelar las operaciones militares palestinas sobre Israel, con base de partida en el sur del Líbano, aunque reconociendo y confirmando su derecho a operar desde cualquier frente árabe. El objetivo del Gobierno del Líbano era recuperar el ejercicio de su soberanía sobre el sur del país, reanudando sus funciones administrativas y controlando su ejército el territorio citado. Para llegar a esto, la primera condición era que no se lancen operaciones de guerra por los palestinos ni que se anuncien, de cualquier parte que se lancen, desde el inte-

rior del territorio libanés. Después, es preciso actuar en todos los campos internacionales para que se ejerzan presiones sobre Israel con objeto de que suspenda sus agresiones sobre el sur del Líbano, reforzando a un tiempo la acción de la FINUL⁵. Para todo esto el Gobierno libanés exigía la supresión de la presencia armada de la resistencia palestina—no de la organización—en la zona de la FINUL y que se limite el marco y las bases de esa resistencia, fuera de dicha zona, en consonancia con lo acordado en la conferencia de Bait ed Din. La delegación palestina se dio por no enterada y poco pudo hacer la cumbre en este aspecto que no fuera seguir con el *statu quo*, como hemos dicho. En cierto modo esto es lógico, ya que la crisis libanesa no es algo aislado de la crisis general que envuelve a Oriente Medio y a las grandes potencias. Es comprensible la posición libanesa en medio de una tremenda guerra civil coincidente con una agresión exterior, pero lo cierto es que los libaneses pedían lo que el conjunto de los países árabes no podían darle, ya que no se puede aislar al país completamente del conflicto que envuelve a todos los árabes con Israel.

Respecto a la estrategia de la acción destinada a contrarrestar los efectos del tratado de paz egipcio-israelí, aunque el asunto fue objeto de preocupación, no se fue más allá de retóricas declaraciones con los epítetos repetidos en otras ocasiones y lo mismo sucedió con los nueve apartados en que se clasificaron las resoluciones en el comunicado final. La mayor parte de su contenido se compone de expresiones repetidas en múltiples ocasiones anteriores y a las que yo mismo me he referido en anteriores artículos⁶. Se insiste en los derechos del pueblo palestino a disponer de un Estado y se afirma la soberanía y el derecho del Líbano a ejercerla sobre la integridad de su territorio, se condenan las agresiones de Israel contra el Líbano y contra los palestinos, se condenan los acuerdos de Camp David y el tratado de paz egipcio-israelí, citándose el aislamiento creciente de Israel en el mundo, y, en fin, se afirma la solidaridad árabe, la árabe-islámica y la árabe-africana. De todos ellos, como digo, los relativos a la disputa Líbano-OLP, en la que en realidad no se decide nada, pues dictamina

⁵ La Fuerza Interina de las Naciones Unidas en Líbano (FINUL) se creó como consecuencia de la Resolución 425 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que preveía dicha creación con la finalidad de confirmar la retirada de las fuerzas israelíes, restablecer la paz y seguridad internacionales y ayudar al gobierno libanés a asegurar la restauración de su autoridad efectiva en la región. Por su parte, en la Resolución 428, emitida, al siguiente día, se establecían las misiones y las modalidades de acción de dicha fuerza.

⁶ Véase F. FRADE: «El inacabable drama del Líbano», núm. 147, septiembre-octubre 1976, y «Cumbres árabes sobre el Líbano», núm. 148, noviembre-diciembre 1976, *Revista de Política Internacional*.

una negociación entre ambos para que lleguen a un acuerdo que regule la presencia armada palestina en la zona de la FINUL y la aplicación de los acuerdos de El Cairo y Riad en lo que se refiere al territorio fuera de esa zona⁷. Mientras, se congelan las operaciones armadas palestinas sobre Israel desde el territorio del Líbano. Además, para dar una satisfacción al Líbano y ayudarle a la reconstrucción de su territorio y su economía, se le conceden 2.000 millones de dólares a lo largo de cinco años, es decir, a razón de 400 millones de dólares por año. Por supuesto que el Gobierno libanés hizo constar sus reservas sobre la negociación citada y la OLP sobre la congelación de las operaciones. El documento expresó también la condena de toda «hegemonía» israelí sobre el Líbano, de un modo directo o por personas interpuestas, clara alusión al comandante Saad Haddad y sus milicias cristianas, y también hace alusión a la política norteamericana afirmando que la continuación de la misma tendrá efectos negativos en las relaciones y los intereses que unen a Estados Unidos con los países árabes.

Después de esta cumbre, aunque el presidente Elias Sarkis en la comunicación a su Gobierno se mostró moderadamente satisfecho con la ayuda económica acordada y con la congelación de las operaciones palestinas, esto es, más bien para inculcar esperanza porque la verdad es que no ha conseguido sus reales objetivos. Por lo que se refiere a la OLP, en realidad ha salido fortalecida, pues no tiene un freno efectivo por parte del mundo árabe en Líbano, salvo Siria, con grandes problemas, por otra parte, en su país, más aislada al producirse la aproximación iraquí-saudí y mirando más hacia la URSS, pues siempre está dentro de lo posible una acción israelí, que en esta ocasión no tendría el contrapeso de Sadat, pues, como es lógico, a éste le gustaría en Siria un Gobierno más propicio a unirse a los acuerdos de Camp David, que arrastrarían a Jordania con el apoyo de todos los Gobiernos moderados de la zona. Cualquier momento de debilidad de la URSS sería aprovechado para dicha acción y por ello los Estados Unidos tratarán de salvar todo lo que puedan después del naufragio en Irán, es decir, Marruecos, Arabia Saudita, Turquía y Pakistán, y procurando que Egipto e Israel no rompan la marcha de la paz, difícil si no se da al pueblo palestino las mínimas satisfacciones que pide.

Nada, en realidad, se ha resuelto en esta cumbre, presidida por la inquietud del porvenir en Oriente Medio tras la sacudida de Irán y el

⁷ Véase artículo citado: «Cumbres árabes sobre el Líbano».

CONFERENCIA CUMBRE DE ESTADOS ÁRABES DE TÚNEZ

aldabonazo dado en la sagrada mezquita de La Meca, con la consiguiente inquietud de todos los reinos, emiratos y cheijatos de la Península Arábiga y vecinos, con la desconfianza iraquí, el recelo palestino siguiendo el desarrollo de los acuerdos de Camp David, la insatisfacción creciente siria por esto y también por su situación interior, las dificultades interiores también de Túnez y Sudán y, por último, el conflicto saharahui, que envuelve a todos los países del Magreb. En este marco es muy difícil una solución estable para el dramático problema libanés y el porvenir de este país sigue totalmente incierto y lo mismo el del conjunto de Oriente Medio, en especial después de la prueba de fuerza que los soviéticos llevan a cabo en Afganistán.

Nota: El resumen de las resoluciones adoptadas en esta novena conferencia cumbre de Estados árabes se ha hecho tomando como base el comunicado oficial, en su versión original en árabe, publicado por el diario *An Nadua*, de La Meca, del día 4 de Muharram del año 1400 H, correspondiente al 23 de noviembre de 1979. Los de los discursos de los presidentes Sadam Husain y Habib Burguiba, el primero de la traducción al inglés del texto original, aparecida en la revista *Iraq Today* núm. 102, vol. 4, Bagdad, 1-15 de diciembre de 1979, y el segundo, de la traducción al francés publicada por el diario *L'Action*, Túnez, 21 de noviembre de 1979.

